

EL SOLDADO DESCONOCIDO

-Mira hijo, ahí se encuentra un soldado cuyo corazón murió latiendo más fuerte que nunca y cuyo cuerpo no reclamó nadie.

-¿Cómo se llamaba Papi?

-Nadie lo sabe, es un soldado desconocido.

-Como el abuelito, nadie sabe dónde está.

-Sí, los dos murieron en la misma guerra.

(En el pasado, en una casita de Hunspach, Francia)

-¡Rápido, que ya nacen!

-Rápido, rápido.

Y con dos seres nuevos en el mundo, comienza esta simple historia. Los bebés nacieron sin problema. Mrs. Bonheur dio a luz a una sonrosada niña a la que llamaron Colette, y a un serio niño al que bautizaron como Antoine.

Los niños crecían felices con su madre que les aportaba amor y sabiduría y con su padre también, que les enseñaba a valerse por sí mismos.

Mr. Bonheur era un hombre corpulento, alto y de cara amable; nacido para luchar y proteger a los más débiles. Siempre era el escudo de quienes no encontraban el suyo y la espada de quienes la tenían rota. Este hombre era el mayor de ocho hermanos, y el que intentaba darles de comer todos los días. Creció, y como era

inteligente y aplicado consiguió una beca para aprender a ser guerrero, pues era lo que más ansiaba. Se hizo guerrero y conoció a la que sería madre de sus hijos.

Colette y Antoine iban al colegio, jugaban en el parque con sus amigos, llevaban una vida normal, hasta que una persona con poder sobre los demás, hizo estallar la guerra.

Cuando esto ocurrió, los niños tan solo tenían cuatro años. Y con solo 4 años sus padres trataron de explicarles que tarde o temprano tendrían que despedirse de su padre, de sus amigos, de su colegio, del parque, de los planes de los domingos, de su vida. Ellos no entendían por qué, y como ellos, muchas personas más.

Llamaron a Mr. Bonheur a filas, dejando todo atrás. Nunca sabría si volvería a ver a su familia, ni cuándo, en el mejor de los casos. No os imagináis cuántas caras tristes y temerosas había en la estación del tren cuando Mr. Bonheur y otros hombres alistados tuvieron que partir. Madres, hermanas, amores... sin saber si volverían a ver a sus hombres, pero siempre dándose apoyo unas a otras e intentando ser fuertes. Oleada de pañuelos blancos y ya no alcanzan a ver el tren, ya se habían ido.

(En la barricada, frontera con Alemania)

-Bueno soldados, aquí nos instalaremos hasta que los alemanes lleguen, y cuando eso ocurra nos iremos retirando para impedirles el paso y que no invadan nuestra casa –explicó el jefe del grupo en el que se encontraba Mr. Bonheur. -¿Estáis conmigo?

-¡Sí!

En el grupo había muchos conocidos de Ulli, (llamado hasta entonces Mr. Bonheur) y entre ellos su compañero de infancia y mejor amigo Pierre. Ver a Pierre sentado junto a él en el tren le dio un poco de calidez en su helado corazón. Cuando llegaron a la barricada tras un caluroso paseo le repartieron tiendas y sacos de dormir, linternas y otros utensilios. Ulli no sabía qué hacía allí, con muchos hombres que probablemente vería luchando por sus vidas, en vez de tener una muerte instantánea. Eso era lo que más le preocupaba a él, una muerte larga y dolorosa. No quería ni imaginárselo.

(En la pequeña casa de Hunspach)

-¿Qué haces mami? –le pregunta curiosamente Colette a su madre, que estaba concentrada sobre su escritorio.

-Escribir una carta a tu padre, hija. Mañana la llevaré a la oficina de correos y en dos meses emprenderemos un viaje a España.

-¿Por qué? –pregunta Antoine, que había oído la conversación.

-Para sobrevivir –contestó su madre con la mirada posada en el retrato de boda de Ulli y ella. -Pero no os preocupéis hijos míos, iremos en tren hasta los Pirineos, la frontera con España, y allí ya estaremos en manos de Dios.

-¿Vendrá alguien más con nosotros mamá?

-Sí, vuestra tía y los primos vienen con nosotros.

-¿Y papá?

-Papá... vendrá algún día, seguro. Venga, ahora a la cama niños.

(En la barricada)

Ya ha pasado una semana. Los soldados no están muy ocupados de momento.

Ya habían pasado tres semanas y las tropas se dedicaban a jugar a las cartas.

La tranquilidad se acabó cuando los alemanes empezaron a invadir Bélgica, eso no podía ser nada bueno. Las tropas se prepararon, para en cualquier momento empezar a matar gente con la que no tenían ningún problema, hombres de 16 a 55 años, con familia esperando su regreso, y se iban a matar unos a otros.

(Hunspach)

-¿Ya tenéis todo lo necesario metido en la maleta niños?

-Nuestros ositos son demasiado necesarios mami, de verdad.

-Bueno, venga vale, pero vámonos ya, que si no perderemos el tren.

Y así con dos vestidos las mujeres, dos camisetas y dos pantalones Antoine, cinco pares de calcetines cada uno, ropa interior, los cepillos de dientes, peine, los ositos de peluche, algo de comida enlatada y algo de dinero, fueron a coger el tren a un país desconocido. Se encontraron con su querida tía y sus animados primos, y los siete partieron, con solo la mitad del viaje planificado.

(En las trincheras)

¿Ya es septiembre? Sí. Los soldados, y entre ellos Ulli y Pierre, se encontraban luchando en la frontera, como habían acordado hace un mes. Mucha sangre, muchos cadáveres, pero ninguno suyo, eso estaba bien, es lo único que estaba bien. Pierre no tenía piedad, ya llevaba soldados muertos por los dos. ¿Él? Él no pensaba matar a nadie.

(Ya en un pueblo de España)

Todos los de la Casa del Bosque, así bautizaron a la vieja chabola que se habían encontrado buscando un techo bajo el que dormir, esperaban que las tropas tuvieran una tregua de Navidad. Aunque no pudieran ver a sus familiares, sería un buen respiro saber que, al menos por un día, nadie iba a soltarles una bomba.

Ellos llegaron sin ningún problema a los Pirineos, las dificultades llegaron cuando tuvieron que cruzar estos. Las bajas temperaturas, la escasez de comida, de agua y de ropa; cinco niños menores de 13 años y dos mujeres que nunca antes se habían visto en estas situaciones.

Cuando encontraron la Casa del Bosque no cabían en sí de júbilo, buscaron comida e hicieron una hoguera, al fin y al cabo no les había salido tan mal.

(En las trincheras)

La batalla de Galípoli, múltiples atrincheramientos y el hundimiento del Lusitania. A eso habían sobrevivido en casi un año de guerra. Ulli no había matado a nadie y, sin embargo, había miles de soldados que se quedaron sin ver su casa nunca más, ni a su familia, ni a sus amigos. Un cadáver por aquí, un cadáver por allá. Gente que no se conoce y no se odia, matándose por la decisión de otros que sí se conocen y sí se odian, pero no se matan.

(En la Casa del Bosque)

En esta casita cada uno tenía su ocupación. Tanto como para no pensar en la guerra, tanto como para abastecer sus necesidades. Cazar, recoger fruta, ir al río a por agua, hacer hogueras, lavar ropa... Así estuvieron desde que llegaron. Ya

hacía un año desde el comienzo de la guerra, desde el día en el que Alemania declaró la guerra a Francia. Ese 3 de agosto, ¿cómo olvidarlo?

(21 de noviembre de 1915, Batalla de Verdún)

Nuestra tropa se encontraba en estado crítico. Habían perdido demasiados hombres en los terribles ocho meses que llevaban de complicada batalla.

-¡Pierre, Pierre! ¿Estás bien? –preguntó Ulli a su amigo cuando le vio derrumbado en el suelo con el uniforme verde más oscuro de lo normal.

No estaba bien, claro que no estaba bien. Sin pensárselo dos veces, Ulli cogió a su mejor amigo auestas y huyó del campo de batalla, dejando al resto de la tropa sin dos combatientes más, pero con el fin de salvar a quien más le importaba en ese momento. Corría el riesgo de que los alemanes les encontraran y les llevaran a la cárcel, pero no lo había pensado hasta que ocurrió.

-Hände hoch, sie sind verhaftet –les gritó una voz desconocida cuando ya estaban a tan solo dos kilómetros del hospital.

No pudieron resistirse, les llevaron a la cárcel y les metieron bajo prisión. Las heridas de Pierre empeoraron, y fue cuestión de días que no volviera a ver el exterior. Ulli, tras pensarlo por mucho tiempo, decidió intentar huir, sin pensar nuevamente en los riesgos.

Sacó la rendija del conducto de ventilación y se metió en él. Llegó a la azotea del edificio, bajó a tientas por la fachada, pues era de noche, y llegó sano y salvo al suelo. Se percató de que había dos soldados haciendo guardia en la

puerta, y no podía salir por otra parte puesto que la valla eléctrica estaba encendida. Decidió sentarse a esperar la mañana, no debía de quedar mucho. Ya era por la mañana cuando vio que cuatro soldados más llevaban un cuerpo en la camilla. Pierre.

Llevaban su cuerpo a casa, menos mal. Ese era otro de sus temores, que su cuerpo se quedara en algún lugar al que no pertenecía.

Aprovechó el momento en el que los soldados del turno de noche se relevaban por los del turno de mañana para salir.

Pero no le salió bien la jugada. Y esta vez le costó la vida, Sí, Ulli tuvo la muerte instantánea que deseaba, pero nunca nadie reclamó su cuerpo, al no encontrarse su familia en el país y no saber que había muerto.

(En España, ya acabada la guerra)

Nuestros niños ya asistían a la escuela, ya tenían una casa en condiciones y ya tenían lo que podía llamarse una vida. Tanto Colette, como Antoine, como Mrs. Bonheur sabían que no volverían a ver a Ulli. No sabían dónde estaría. La carta que había estado escribiendo con tanto empeño su mujer, nunca había llegado. A todos ellos siempre les quedó la duda de dónde estaría ese hombre valiente y amable.

-¡Vamos Antoine! Otra vez te has quedado mirando fijamente a la nada

-le dice una mujer a su marido, que está con su hijo, bajo el arco del Triunfo, contemplando el pulido ataúd blanco con velas a su alrededor.

Ya se está haciendo de noche, debemos ir ya al hotel.

-Eso papi, vamos, que tengo hambre.

-Lo siento, vamos. Cuando acabemos de cenar tengo que hacer una llamada, si no os importa.

-¿Colette? He encontrado a papá.

Lucía Rey Carrera